

Antonio R. Romera

Crítica de arte

LA QUERRELLA DEL REALISMO

La tendencia artística que preconiza la vuelta al realismo tiene tres focos principales: París, Praga y Moscú. En muchos casos la persecución ahincada de esa extrema objetividad presenta un designio político. Bastaría, para comprenderlo así, con hojear cualquiera de los números de "Arts de France", en donde a veces se presentan los discursos del líder comunista Maurice Thorez como poseedores de un mensaje de contornos estéticos.

Sin embargo, quitando al auge del realismo la derivación inesperada hacia lo político, es indudable que el nuevo movimiento se basa en un hecho que no podemos desconocer. Ciertos grupos se han apoderado de él y lo agitan como bandera ideológica. Mas, la vuelta al realismo es anterior a las prédicas venidas de la Academia de Ciencias y Artes de Moscú. El primer atisbo, ya lejano y que no tuvo entonces continuidad, viene de Champfleury, quien en 1862 publica con el título de "Les peintres de la Réalité" un libro sobre los hermanos Le Nain.

Se trataba entonces de sacar del olvido a los artistas que, lejos del llamado arte oficial y del núcleo parisiense, producían una obra fuerte y valiosa, cargada de sinceridad y de acento objetivo y terrícola.

El segundo atisbo, el que puede considerarse como el real punto de partida de una reivindicación trascendental, lo tenemos en 1934 con la "Exposition de Peintres de la Réalité", que trajo el ya famoso descubrimiento de Georges de la Tour. No vamos a discutir ahora si el autor de "San Sebastián llorado por la Virgen", merece el título de realista. Lo cierto es que a partir de aquel famoso certamen, el interés de la crítica se ha vuelto hacia la pintura de marcado acento objetivo.

Se han buscado los artistas cuyas obras reflejan por algún lado cierta exaltación de la objetividad, o se han valorizado aspectos parciales en la obra de otros, famosos por distinto concepto estilístico. Así, lo sucedido con Velázquez, en el cual los cuadros de su período sevillano, "Vieja friendo huevos", "El aguador", "Los músicos", hallan un inusitado fervor en la crítica, precisamente por aparecer animados por un riguroso armazón analítico.

La obra de Caravaggio y de sus epígonos los tenebristas pasa al primer plano de las preocupaciones de los estudiosos. Tenemos el caso de Georges de la Tour, pintor prácticamente desconocido hasta 1934 y del que se está formando una bibliografía de rara opulencia. Ofrécesenos, en primer lugar, el libro de Paul Jamot, los trabajos de René Huyghe, Denys Sutton, George Isarlo y, sobre todo, el denso volumen en cuarto mayor de François-George Pariset, de 437 páginas, fruto de una tesis sostenida en la Soborna. Posteriormente, el libro magistral "De Caravage á Vermeer" (1).

Ribera, Zurbarán, Philippe de Champaigne, Mayno y todos aquellos períodos realistas de pintores conocidos, salen a una luz inédita. Ello da algo de razón a los defensores del realismo. Digamos, empero, que la exacerbación objetivista de los pintores citados no se apartó nunca de lo esencialmente plástico.

PICASSO Y PAPINI

Por fin hemos podido leer completa la famosa "declaración"

(1) Escrito lo anterior aparece "Georges de la Tour", Editions du dimanche, Paris, 1953.